

juanesca aparentaba no querer; deseó también enterarse de los pormenores de la visita, por satisfacer su vanidad, y aclarar su conducta a su inflexible juez femenino, pues la vehemencia de los cargos lo obligó a considerar su acción desnuda de los subterfugios que regularmente inventaba para explicar el inusitado despego. Sin embargo no logró su objeto porque ellas lo dejaron solo en el comedor, y él no se atrevió a ir detrás, suponiendo que ventilaban algún asunto particularísimo y no querían testigos. Sentóse en un escaño frente al jardín cubierto de pacayas y begonias; un jardín pequeño, que patentizaba en sus cultivadores, amor a la Naturaleza. Por arriba un lampo de cielo muy azul lo embellecía. Luis encendió un cigarrillo de papel de maíz y se puso a fumar. Conforme exhalaba espirales de humo, que subían como una gasa tenuemente plumiza, descogiéndose en el aire, recordó los buenos ratos que le proporcionó Felicia, con tal deleite, que lo invitaban a renovarlos; y si Marta hubiese estado cerca de él y le repite las argumentaciones lacrimosas, es posible que le arrancara propósito de enmienda; y su generoso triunfo hubiera hecho nacer el astro brillante de la felicidad en el lacerado corazón de Felicia. Empero, los acontecimientos no arrumbaron por tan hermosa senda de reparaciones y venturas. En la memoria de Luis vibró el eco de la conversación de su camarada licenciado, y renació el amargor de la pesadilla original; y mayor barrera que eso para volver sobre sus pasos,

fue su engreimiento, la vanidad de que Felicia, flechada del primer amor, no lo olvidaría fácilmente, el deseo de gozar él como el gato con el ratoncillo medio muerto, antes de comérselo, seguro de que no se le escapará, tan herido lo tiene. Aquí llegaba su pensamiento cuando le asaltó la idea del egoísmo, y reflexionó:

—Lo que estoy discurrendo es egoísmo del malo. ¡Alimentar mis placeres con el dolor ajeno! No hay flor que no se marchite y se deshoje. El amor es la rosa de la vida: perfuma, alegra con sus vívidos colores, hace soñar, ofrece su néctar con gracia gentil, y cuando el viento meneaba su corola, esparce en derredor el rocío benéfico, que baña otras plantas y refresca la tierra. Y aunque el prosaísmo de los tiempos sonría burlón y escéptico, suelen las niñas agonizar de amor, como cierra su cáliz la trepadora pudreoreja cuando el sol se esconde. La soledad, el desconsuelo, la muerte de la esperanza, las marchita, y caen los pétalos de sus ilusiones, y pierden el aroma de juventud, y la dicha de vivir. ¿Por qué no he de ser blando al sufrimiento de una niña presa al primer vuelo en las redes del corazón, y cuyos primeros nacarados pudores sorprendí?

El viento meneaba las palmas bulliciosas del jardín y las hojas de las plantas parecían murmurar suavemente de las injusticias de esta tierra, para que las ondas del aire las transmitieran en sus alas veloces al eterno.

Respeto perdido

Que cada cual recurra a sus recuerdos y verá los cambios que desde mediados de siglo se han producido en el modo de pensar y de sentir, y que determinan, por conse-

cuencia, modificaciones correspondientes en el modo de obrar. La necesidad de un amo, de un jefe o de un capitán en todo organismo, era cosa fuera de toda discusión: un